

se la nueva Municipalidad, cuando ya se había encajado en el soberano Congreso, pidiendo, á voces más ó menos descompasadas, y con furores, más ó menos fingidos, la muerte del Monarca. El gesto amenazador de aquellas gentes tumultuadas, el énfasis ridículo de sus frases demagógicas, lo hueco del estilo entre serio y burlón, indicaban bien á las claras cómo el girondino Chambón para nada influía en el ayuntamiento nuevo y lo llevaba, según su guisa y gusto, el infame y criminal Hebert; genuina personificación de la demagogia desbocada. Ya, en tal momento, comprimido por la Comunidad reelegida, no tuvo más remedio Robespierre, que, ó abdicar la jefatura en Saint-Just, ó decir él mismo sus opiniones en magistral estudiado discurso. Parece imposible que una tan cruel arenga pudiera meditar con reflexión en la soledad del pensamiento y escribirse con calma, empleando una corrección fría y una lógica implacable, dentro de su gabinete, donde cada cual se abandona por necesidad á sí mismo, y en este abandono, siente y no puede menos de sentir aquello que hay común y fundamental entre todos los hombres, la humanidad. Saint-Just había dado con grandísimo arte y con profunda ciencia de mano á la justicia en este asunto de matar al Rey, presentándolo, no como un acto jurídico, como un acto revolucionario, hechura de una violencia inevitable, la cual excluía, con toda justificación posible, todo raciocinio verdadero, pues no se raciocina frente á las fieras; se las persigue sin piedad en cacería infernal y se las mata sin juicio ni apelación de ningún género á ningún tribunal humano, porque las feroces fieras, no tienen ante la Humanidad y ante las demás especies, con quienes traban desde su nacimiento una guerra mortal, derecho ninguno á la vida, y razón ninguna de vivir y perdurar en la naturaleza que malhieren y manchan.

Robespierre subleva porque invoca para un acto de venganza un principio de justicia. Mantenedor un tiempo de dogma tan piadoso, como él que quiere abolir la pena de muerte, agrava el redomado su culpa con la traición á sus mejores ideas y con el olvido de sus más honrosos antecedentes. A lo que permanece fidelísimo en tal momento es á su teoría, bien absolutista por cierto, de una voluntad popular omnipotente. Para el gran jacobino la plebe sólo necesita querer, y cumplir lo que quiere, sin curarse de su razón ó de su sinrazón, importándole una higa el derecho natural de nadie, pues no hay derecho ninguno, anterior y superior á su inmanente soberanía. Para mayor exageración de tales teorías absurdas, el silogista escolástico, sosteniendo con argumentos teológicos las doctrinas de Rousseau, deriva de la naturaleza del orden y estado naturales, cosa tan poco natural como el absolutismo de un pueblo. Y, después de haber dicho cómo Luis XVI debía morir, porque Francia deseaba matarlo, y los deseos de Francia debían aparecer como irrevocables leyes, entra en la demostración de que aquella muerte cedía en utilidad de la República, cuya salud, según la Razón de Estado, puede, para salvarse y robustecerse, llegar hasta el crimen. Y no solamente sostenía lo justo de la muerte del Rey para

responder en este acto de guerra indudable á la guerra extraña, sostenía la necesidad imprescindible de acelerarla. Mientras el Rey estuviese vivo, los demás reyes harían esfuerzos extraordinarios y sobrehumanos para redimirlo; en cuanto estuviera muerto, abandonarían la partida. «Para que la patria viva, exclama, es necesario que Luis muera. No pensemos en largas de procedimiento; resolvamos un acto providencial de Francia, dictado y cumplido por su voluntad soberana. Declarado por todo el mundo traidor á la Nación, puesto por la conciencia uiversal fuera de la humanidad; perezca el tirano sobre la plaza misma, donde cayeran el diez de Agosto los mártires de la libertad». Tras estos rasgos de implacable lógica venía un rasgo de de ligero ingenio, tan ateniense y fino, que Desmoulin le hubiera envidiado. «El Rey ha sido muerto en la madrugada del diez y enterrado en la torre del Temple; no lo resucitéis». Realmente jesuita por sus complejiones psíquicas y fisiológicas; implacable según el estoicismo artificioso, por su voluntad sobrepuesto á su naturaleza; ergotista fino; Robespierre discurría en torno de esta tesis, base del raciocinio total suyo, fundamento de su acusación cruel: aterremos á los partidarios del Rey dentro y fuera de Francia. La República no podía fundarse sin una negación moral, ahogar la Monarquía; y sin una negación real, guillotinar al Monarca. Dejar vivir al tirano es matar la República, contra la cual ha conspirado siempre. Si él tiene derecho á vivir, los republicanos tienen obligación de morir. Absolver al Monarca histórico es condenar la República reciente. Si Luis aparece inocente, la revolución aparece culpada. Si Luis continúa en su cautiverio, después de recordada su inviolabilidad, el extranjero tendrá razón al pedir su rescate del cautiverio y su reposición en el trono. No hay aquí un hecho aislado, hay un verdadero incidente del eterno litigio entre la libertad y la tiranía. ¿Cuál de los convencionales podrá por la tiranía decidirse? Si no hay derecho á castigar al tirano, en verdad, tampoco hay derecho á destronarlo. Como el pueblo lanzó un rayo sobre la corona y cayó la corona, puede lanzar un rayo sobre la cabeza de Capeto, y caerá la cabeza. ¿A qué romano se le ocurrió proponer el juicio de Tarquino? ¿Qué hubiera pasado en Roma si entre los ciudadanos surge un defensor del déspota? Conceder defensores á Luis XVI quiere decir tanto como declarar infundado su crimen, que por todas partes se patentiza. Después de nombrarle defensores hay que apercibir á estos, cívicas coronas, por si resulta que defienden la inocencia y la justicia. Nuestra compasión por los opresores proviene del menosprecio que sentimos por los oprimidos. Y resuena dos meses después de Agosto, por Noviembre un panegírico de Luis XVI en la tribuna republicana, y surgen hasta diputados que invocan, como el girondino Pétion, la regia inviolabilidad. Luis combate con la Convención desde su calabozo. Hay quien pregunta si puede tratársele como enemigo. Cualquiera que invoque siendo republicano, la Constitución del 91, se condena irrimisiblemente á sí mismo, porque tal Constitución prohibía el destronamiento de Luis XVI y se le ha destronado. No puede llevar en sus senos un Rey depuesto y vivo la revolución triunfante.

Su nombre atrae la irrupción extranjera. Así, ni la prisión, ni menos el destierro pueden hacer inocente una existencia de suyo tan atroz y nociva. Preferible muera Luis XVI á cien mil ciudadanos virtuosos. Para que Francia viva, debemos pedir que Luis muera.

A un discurso tan firme y resuelto, como este discurso de Robespierre, habíase de contestar con resoluciones firmes ó irrevocables también. Su intransigencia natural no daba margen á términos medios: ó había que estar con él ó había que estar contra él. Encargóse de la contestación un hombre, á quien podía todo en rostro echársele, menos la falta de carácter. Pero este hombre, Buzot, obligado á optar entre la crueldad y la misericordia, optó por un equívoco, ¡Ah! Un equívoco en política es peor, mucho peor, que una equivocación. Buzot, arrogante de suyo, y alma con arrogancia exagerada por sus contrariedades grandísimas y por su pasión equívoca propuso la pena de muerte contra cuantos hablasen de restaurar la Monarquía. ¿Y qué? Vaya una manera de responder á la trágica proposición del terrible Robespierre. Si en un pueblo libre merecía la pena de muerte quien propusiere restaurar la realeza volviéndole su esplendor antiguo; aun merecería más la pena de muerte quien desempeñase tan funesta magistratura. Esto se llama pasarse de listo. Y como todos aquellos, que suelen pasarse de listos, tropiezan y caen al menor inconveniente, añadió el equivocado en su equívoco un tópico, el cual sólo sirvió para llevar cóleras anónimas, pero fragorosas sobre su persona y sobre su nombre. «Así averiguaremos, dijo, si hay realistas ó no en este Congreso». Oír esto y armarse un gran tumulto fué obra de un momento. Nadie quería cargar con el sambenito de realista. Todos gritaban á una ¡viva la Nación y viva la República! En medio de tal aquelarre, los tímidos de la derecha, no pudiendo, por su cobardía, predicar la piedad, vociferaban para que pudiera el proceso aplazarse y reconocer el derecho de las asambleas primarias, del pueblo soberano á entender por medio del sufragio universal en la causa y sentencia de Luis XVI. Buzot consigue ver votada su proposición, voto no conducente á cosa ninguna, pues las vaguedades mucho dañan en política siempre á quienes las usan. Y tras esta victoria propia de Pirro vino su derrota. Contra todo lo que Buzot se proponía y deseaba en aqnel instante crítico, la Convención resolvió el regio proceso. Y con motivo del regio proceso, decretado y convenido, surgieron mil extrañas particularidades mostrando la intensidad de pasiones á donde había llegado aquel monstruoso Congreso. Una de las más notables fué el choque de Robespierre con la Convención, para que no cupiese defensa de Luis XVI, y éste no fuera oído en causa propia. Buzot defendió y alcanzó que fuera oído, pues acaso, al oírle, se descubrieran sus cómplices. Y diciendo la palabra cómplice, miró con poca sana intención á Robespierre y á Marat. Mas el golpe estaba ya dado, el proceso convenido, la Gironda vencida. Buzot suscitaba muchas rechiflas. En las asambleas políticas corren más los chismes y cuentos que en las tertulias privadas. Un Parlamento es una colección de comadres entretenidas en despellejar entre bastidores á sus correspondientes enemigos, y

muchas veces á sus amigos también. Así era el secreto á voces la especie de que Madame Roland se la pegaba con Buzot á su estoico marido. Y el amante, supuesto quizás, ó quizás verdadero, pues no importan mucho estos misterios personales en la Historia, daba margen y pasto á tales murmuraciones con un muy notable camino en su elocuencia y en su política. Dos veces fuera diputado, una en la Constituyente, cuando á Madame Roland no conocía, y otra en la Convención, cuando ya conocía íntimamente á la Musa de su partido, á la maestra de su escuela. Antes pasaba por un orador discreto, cuyas arengas parecían meras conversaciones; después que la Roland lo designara su predilecto y lo escogiera por su favorito, aquella natural frialdad razonadora de los antiguos tiempos, se trocó en la llama viva de una electricidad espantosa, henchida de ideas exageradas y de pasiones intensísimas y de frases ardientes. Mas nada le valió tal género novísimo de parlamentaria elocuencia: el cuatro de Diciembre, mil setecientos noventa y dos, tras el inhábil discurso de Buzot, el regio proceso fué acordado y la pobre Gironda quedó vencida.